

Pero como verdadero fenómeno de la ficción de la prosa del corazón, siempre habría que poner en primer puesto a Rafael Pérez y Pérez (Cuatrecasas, Alicante, 1891-Alicante, 1984) cuya obra se sigue reimprimiendo en la actualidad, y de cuyo número de lectoras no da buena cuenta las muchas ediciones que se vienen sucediendo desde entonces, pues los libros de Pérez y Pérez desde siempre han sido prestados, alquilados o intercambiados, tanto a nivel individual, entre particulares, como en mayor número, a través de puestos callejeros o librerías de barrio. La vigencia del escritor alicantino no es un caso insólito, y otros autores, como Concha Linares Becerra, comparten desde hace décadas esa misma longevidad entre sus lectoras.

Editorial Juventud fue uno de los motores de la renovación de los hábitos de lectura del público español. Fundada el 5 de octubre de 1923 por José Zandrera Fecha (Barcelona 1894-1969) inició sus actividades llevando a los niños de entonces una serie de importantes obras concebidas con la nueva mentalidad que estaba cambiando Europa. Era 1925. Lewis Carroll y James Barrie aparecieron junto a las clásicas recopilaciones de cuentos por los hermanos Grimm y las creaciones del danés Hans Christian Andersen; todos ellos ilustrados por artistas que definieron una época con sus dibujos: Arthur Rackham, Atwell, Lola Anglada o Llimona. A mediados de los años sesenta, la editorial Juventud también presentaría en España una obra tan querida por grandes y chicos de ayer y de hoy, como es el extenso ciclo de las aventuras de Tintín, concebidas y dibujadas por el belga Hergé. La llamada línea clara de sus viñetas creó todo un estilo en el género del cómic, y sus trabajos han marcado un hito de referencia cronológica.

Desde sus primeros días, el abanico de actividades de este sello de publicaciones se ha abierto a una extensa gama de materias: viajes, deportes, biografías, relatos del Oeste, etc., que, siguiendo su vocación mayoritaria, no tardaron en implantarse con fuerza por toda América Latina. Animado por el buen funcionamiento de la empresa, en 1926 José Zandrera promovería la fundación de editorial Mentora, que al cabo de cierto tiempo acabaría cediendo su fondo a Juventud.

La labor de Zandrera fue reconocida con carácter oficial en 1964, con la concesión de la medalla Rivadeneyra, así llamada en honor del fundador de la famosísima Biblioteca de Autores Españoles. La importancia de esta concesión queda bien patente en la circunstancia de que los otros dos galardones, otorgados a un escritor español y a otro extranjero, recayeron en don Ramón Menéndez Pidal y en Marcel Bataillon, respectivamente.

Una de las grandes intuiciones de José Zandrera fue descubrir el enorme potencial de consumo de las lectoras jóvenes. Ya en 1920 había fundado

dos revistas: *Éxito* y *Lecturas*, a través de la Sociedad General de Publicaciones, S. A. La importancia de *Lecturas*, cabecera que permanece con notable arraigo en el sector de la prensa del corazón, publicaba relatos cortos, sinopsis de guiones de cine, tiras cómicas y obras de teatro breve con magníficas ilustraciones, entre las que cabe destacar las de Freixas, Junceda, Longoria, etc. Entre los prosistas que colaboraron en aquella gloriosa etapa de *Lecturas*, cabe destacar en primer línea los nombres de Valle-Inclán, Baroja, Maeztu, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Sender, Concha Espina y Carlos Arniches. Entre los autores extranjeros recuerdo con agrado algún cuento de Joseph Conrad y de Richmal Crompton, la creadora del inolvidable personaje de Guillermo Brown que tan popular sería gracias al ciclo de libros publicados por editorial Molino.

En el campo de las publicaciones periódicas, Zendrera también constituyó en 1926 la revista en catalán *Llegiume*, y en 1932 crea la editorial *El Hogar y la Moda*.

En este entorno de iniciativas deberemos entender la aparición a principios de enero de 1924 de *Al séptimo día*, por Florencia L. Barclay, primer título de *La Novela Rosa*, que alcanzaría la nada despreciable cifra de más de 600 títulos. El precio no era elevado: 1,50 pestas los volúmenes sencillos y 2 pesetas los que tenían más páginas de lo normal, que rondaba las ciento treinta; editorial Juventud también admitía suscripciones al precio resultante, pero se hacía cargo de todos los gastos de envío. Con todo, no debemos olvidar que el precio de uno de estos volúmenes representaba un jornal en muchos lugares de España, *a fortiori* en el ámbito rural, y que el analfabetismo estaba no poco extendido. Circunstancias que nos llevan a creer que las ciudades en general y la burguesía en particular eran los elementos de consumo por excelencia de *La Novela Rosa*.

Pronto se vio la conveniencia de potenciar el efecto de la cubierta impresa en color sobre papel cuché con otros factores tipográficos que hicieran sus páginas más animadas y atractiva. Acorde con este objetivo, Barradas diseñará filetes, colofones y un alfabeto completo de letras capitulares en un estilo muy parecido a otros adornos similares, también salidos de su mano para la revista gallega *Alfar*.

Son motivos románticos con parejas de personajes vestidos conforme a la moda de la década 1860-1870, aproximadamente, que corresponde *a grosso modo*, a las fechas en que los abuelos de las señoritas casaderas de 1920 estarían en edad de cortejar, o recién casados, suponiendo que los padres contrajeran matrimonio en la última década del XIX. En otras palabras, la imagen de la formalización del enlace conyugal se percibía bajo la

óptica familiar, pero soslayando en lo posible las alusiones directas al mundo de los padres, por las connotaciones incestuosas que pudieran surgir de tales imaginaciones. Barradas marcó a veces estas obras con una B mayúscula seguida de punto.

La memoria de estas antiguas vestimentas caló al *Romancero Gitano*, empezado hacia 1924, cuyo primer poema: «Romance de la luna, luna», se abre así: «La luna vino a la fragua / con su polisón de nardos...»

Al menos tres ilustradores más decoraron estas páginas: Marga –no sabemos más datos– con sus característicos dibujos de bebés, Rafel (sic) Tona, y otro que no indicó su identidad. Uno diseñó otro juego de letras capitulares con motivos vegetales, en tanto que Rafel Tona utilizó figuras negras recortadas en silueta negra, que es una técnica de origen francés, y lógicamente muy adecuadas para ser reproducidas. Los temas serán extraídos del más tópico repertorio sentimental: cupidos, parejas besándose, barcos de vela que se pierden en el horizonte, etc.

Siguiendo la simbología que asigna al sexo femenino el color rosa y el azul a los hombres, editorial Juventud sacaría una publicación simétrica adaptada al público masculino, especializada en *westerns*, que se constituyó con obras de Zane Grey, Curwood, etc. Esta serie se denominó *La Novela Azul*, y también se adornó con el correspondiente juego de letras capitulares en las que el motivo gráfico estaba formado por el clásico repertorio de situaciones del género: pistoleros, caballos, etc.

Como de tantos pormenores biográficos, desconocemos los contactos que llevarían a Rafael Barradas a diseñar este juego de imágenes que prolongan en tono menor, pero en publicaciones de gran alcance de público, otras más refinadas y exquisitas, como las realizadas para la colección Estrella, de editorial Renacimiento, dirigida por Gregorio Martínez Sierra, o las ilustraciones para el *Cançoner de Nadal: cançons populars y poemes de Mariá Manent*, de la misma editorial Juventud.

Letras capitulares



